

El regreso de Israel a su propia tierra: Una nueva vida

El capítulo 37 es probablemente el más conocido del libro de Ezequiel. Él responde una pregunta que se planteó en 33.10: «Nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros [...] ¿cómo, pues, viviremos?». La respuesta se da de un modo gráfico e intrigante. Ezequiel había recalcado la «desolación» que había ocurrido en la tierra (5.14; 12.20; 23.33; 36.34). ¿Cómo podía volver a vivir esta nación muerta otra vez? El espíritu de Dios reconstruiría los huesos muertos de la nación, dándoles tendones, carne, piel y, por último, el aliento de vida.

¿Qué representa esto? Lamentablemente, algunos han usado este material para enseñar la doctrina de la resurrección corporal, la cual constituye una cruda aplicación de este capítulo. Otros han abogado por el punto de vista en el sentido de que los dos palos de 37.16 se refieren a los israelitas británicos.¹ No obstante, los versículos en sí, son inseparables del mensaje que comenzó en el capítulo 34. A partir de este capítulo, el Señor habló de un nuevo pastor (liderazgo) y nuevas oportunidades en la tierra de Israel (capítulo 35), con renovada esperanza de crecimiento y prosperidad (capítulo 36).

Tales promesas tan esplendorosas, fueron

¹ La expresión «israelitas británicos» se refiere al punto de vista no escriturario en el sentido de que Gran Bretaña y los Estados Unidos constituyen las diez tribus perdidas de Israel que fueron llevadas cautivas por los asirios en 722(1) a. C. Se argumenta que uno de los «palos» de Ezequiel 37 representa a Gran Bretaña y a los Estados Unidos, que se juntarán con los judíos actuales para volver a formar la nación del pueblo de Dios.

recibidas lógicamente con dudas e incredulidad. Varios exiliados habían sido testigos de la total devastación de las ciudades de ellos. Además, vivían bajo las garras de hierro de los babilonios, una nación tan poderosa, que un cambio de la dominación mundial, parecía imposible en los siglos venideros. Este pueblo veía demasiados aspectos negativos para tener una esperanza de una nación renovada. ¿Cómo podía venir la restauración? Solamente por el poder de Dios. Dios regeneraría a la nación, haciéndola fuerte y poderosa. La segunda mitad del capítulo 37 (vers.^{os} 15–28) habla de cómo Ezequiel juntó los dos «palos», ilustrando que las naciones divididas de Israel y de Judá, emergerían como una sola. Esta nación única había de ser liderada por «David, [el siervo de Jehová]» (vers.^o 25).

LA VISIÓN DEL VALLE DE LOS HUESOS SECOS (37.1–14)

[Lea 37.1–2.]

Versículo 1. Las aseveraciones **La mano de Jehová vino sobre mí** (vea 1.3; 33.22; 40.1) y **me llevó en el Espíritu** indican que Ezequiel estaba teniendo una visión. El Espíritu puso a Ezequiel **en medio de un valle**. Este valle había sido el escenario de una gran batalla. Los muertos habían quedado donde habían caído, y no habían sido sepultados.

Note estas tres verdades: 1) Era una enorme masacre la que había ocurrido: el valle estaba **lleno de huesos**. 2) Nadie se había preocupado por sepultar a los muertos, ni Dios había cubierto los huesos de ellos. 3) Dios no seguiría tolerando el

pecado; con el tiempo traería juicio.

Versículo 2. Dios hizo que Ezequiel pasara cerca de los huesos **por todo en derredor**. Deseaba que el profeta tuviera una idea del número de víctimas y entendiera que allí no quedaba vida. Los huesos representaban a los exiliados que estaban en Babilonia, que habían estado en cautiverio durante al menos diez años, algunos habían estado hasta veinte años (desde la primera deportación en 606[5] a. C.). Los falsos profetas habían anunciado una estadía breve, de dos años, en Babilonia. Conforme los años pasaron, la esperanza de los exiliados se desvanecieron.

En cuanto a los huesos, Ezequiel hizo notar que **eran muchísimos**. Aquí se ilustra el gran número de israelitas en el exilio. La que una vez fue poderosa nación, era ahora un valle de huesos. También, los huesos estaban **secos en gran manera**. Estaban blanqueados a causa de estar expuestos al sol. Aparentemente no había esperanza de restauración.

[Lea 37.3–6.]

Versículo 3. Dios preguntó a Ezequiel: «**Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?**». La respuesta a la pregunta parece obvia. No obstante, Ezequiel conocía el sobrecogedor poder de Dios, de modo que respondió, diciendo, en efecto: «Yo no lo sé, pero Tú sí lo sabes». El sentido común decía que era imposible; pero la reverencia contestó: «**Señor Jehová, tú lo sabes**».

Versículo 4. Como se observa en la creación y por todas las Escrituras, la palabra de Dios tiene formidable poder. Él hizo que el mundo exista, y lo hizo con palabras de Su boca, y Su palabra hará que llegue a su fin (2ª Pedro 3.7). Dios dijo a Ezequiel que [profetizara] **sobre estos huesos**. Irónicamente, Ezequiel lograría mejores resultados al profetizar a estos huesos que al predicar a seres vivientes.

Versículos 5–6. Dios dijo a los huesos: «**He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis**» (vers.º 5). La palabra para «espíritu», רִיחַ (ruach), se usa repetidamente en esta sección. A veces se traduce por «aliento» (vers.º 5, 6, 8, 9, 10),² a veces por «espíritu» (vers.º 1, 14) y una vez como «vientos» (vers.º 9).³ La palabra se presenta

² N. del T.: El autor se refiere a la NASB. En la Reina-Valera solo se traduce por «espíritu» en este capítulo.

³ Un análisis completo del uso que hace Ezequiel de la palabra «espíritu», se presenta en Daniel I. Block, “The Prophet of the Spirit: The Use of RWH in the Book of Ezekiel” («El profeta del Espíritu: El uso de RWH en el libro de Ezequiel»), *Journal of the Evangelical Theological Society* 32 (Marzo de 1989): 27–49.

378 veces en el Antiguo Testamento hebreo,⁴ cincuenta y dos veces en Ezequiel. El espíritu que estaba en Ezequiel era un poder enviado por Dios que daba energía al profeta, le inducía a visiones y revitalizaba a Israel (vea 11.19; 36.26; 39.29).

[Lea 37.7–10.]

Versículo 7. Ezequiel había cumplido fielmente la misión que se le encomendó como profeta, al presentar la palabra de Dios. Carl G. Howie dijo:

Los hebreos consideraban la palabra de Dios como un agente creativo que operaba por el profeta. La palabra era más que un sonido que perturbaba la tranquilidad del aire; ella llevaba consigo todo el poder del que hablaba. Así también la palabra creativa de Dios, volvía a crear la vida donde había estado la muerte. Cuando el profeta habló, el Espíritu («aliento») de Dios poseyó a los huesos secos, convirtiéndolos en un poderoso ejército (vers.º 7–10). La vida es existencia vacía mientras no tenga el sentido que le confiere el hecho de ser morada del Espíritu de Dios.⁵

La idea de predicar a un montón de huesos puede parecer tonta o cómica a nosotros. No obstante, este profeta había jugado en el barro, se había echado sobre su costado por largos períodos de tiempo, se había cortado su cabello y lo había perseguido con una espada, y había predicado a cadenas de montes. Tal vez para él, esto no pareció nada anormal. Durante el sermón de Ezequiel, ocurrió una conmoción. Un **temblor** perturbó su mensaje. Era el **ruido** que hacían los huesos secos al articularse mientras se juntaban unos con otros, moviéndose cada uno al lugar que le correspondía en el cuerpo. La ASV traduce esto, como sigue: «Así que profeticé como se me mandó: y cuando profetizaba, hubo un ruido, y, he aquí, un terremoto; y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso». El «ruido» que se describió no fue un terremoto, sino el sonido de huesos que se ensamblaban. La frase **cada hueso con su hueso** representa una completa restauración, no a una nación coja.

Versículos 8–9. A estas alturas, **no había en ellos espíritu** (vers.º 8). Era extraordinario lo que había sucedido, pero los oyentes todavía consistían en hombres muertos. Asimismo ocurrió con otros grandes profetas de Dios que habían predicado

⁴ *Ibid.*, 29. Según Block, en las secciones arameas de Daniel, se presenta once veces más.

⁵ Carl G. Howie, *The Book of Ezekiel, The Book of Daniel (El libro de Ezequiel, el libro de Daniel)*, The Layman's Bible Commentary (Richmond, Va.: John Knox Press, 1961), 73–74.

grandes mensajes que se estrellaron contra oídos sordos (vea Isaías 6.10). Del mismo modo, puede que a los varones de Dios de hoy se les mande predicar a una iglesia «muerta». No obstante, los hombres fieles predicaban sus sermones, creyendo en el poder de la Palabra de Dios para llevar vida a los que están muertos. Así como Dios sopló amorosamente «aliento de vida» en la nariz de Adán, de modo que llegó a ser alma viviente (Génesis 2.7), Dios mandó aquí a los cuatro vientos que dieran energía a este vasto ejército de cadáveres (vers.º 9). Los vientos vinieron obedientemente de todas las direcciones, de los cuatro rincones de la tierra (vea 7.2), para infundir el aliento de vida.

Versículo 10. El fiel profeta, hizo como se le **había mandado** y, al igual que con sus demás profecías, vio los resultados inmediatos, El viento hizo su obra, y el **ejército grande en extremo** se llenó de vida, estando sobre sus pies y atentos. Fue de este modo que la visión terminó. John B. Taylor dijo:

Note que, por toda esta visión, Ezequiel había actuado recibiendo órdenes y había descrito su propia obediencia implícita a los mandamientos de Dios (7, 10). Al hacer esto, él recalca que su obra de avivamiento es la obra de Dios de principio a fin. Si el hombre se desempeña en alguna parte de ella, solo lo hace por obedecer la dirección de Dios. Lo mismo se puede decir de la contribución del hombre a cualquier avivamiento espiritual.⁶

La figura que se presenta no enseña la doctrina de la resurrección corporal de los muertos. No tenemos razón para sospechar, a partir de este, o de algún otro pasaje de Ezequiel, que el profeta tuviera esta creencia. Dios mismo dio la interpretación de lo que Ezequiel había presenciado.

[Lea 37.11–14.]

Versículo 11. Dios explicó que **estos huesos** [eran] **la casa de Israel**. Representaban la multitud de Su pueblo. La aplicación había de ser la *totalidad* de la casa de Israel, que incluía tanto el reino norteño como el sureño. La opinión que tenía esta nación de sí misma, se observa en las siguientes tres aseveraciones. Ellos decían:

1. «**Nuestros huesos se secaron**». El tiempo que el pueblo había pasado en el cautiverio, había destruido la esperanza de

que fueran restaurados.

2. «... **perció nuestra esperanza**». Aun en cautiverio, el pueblo había esperado al comienzo un regreso en breve. Esa esperanza se había hecho añicos, no solo por las prédicas de Jeremías y de Ezequiel, sino también por los años en el exilio.
3. «... **somos del todo destruidos**». Como se evidencia en los libros de Jeremías y de 2º Reyes, el pueblo fue esparcido por todas las naciones y fueron aislados unos de otros. La situación de ellos frustraba cualquier visión de ser una «nación trasplantada».

Versículo 12. La aplicación continúa. Dios daría energía a Su pueblo muerto y lo traería a la tierra de Israel. «Traer» (בָּרָא *bo'*) es una palabra clave, que aparece frecuentemente en este libro (cincuenta y seis veces) y en Jeremías (unas cuarenta veces). Su significación se observa en que este evento ocurriría por la intervención divina; solo Dios podía traer a los israelitas de vuelta a su tierra.

Versículo 13. Al repetir una de las frases clave del libro de Ezequiel, Dios declaró que esta acción enseñaría a Israel que [Él es] **Jehová**. Ellos reconocían que no tenían esperanza, que todo daba señales de estar perdido. Cuando Dios hiciera que ellos [salieran de sus] **sepulturas**, nadie podría reclamar reconocimiento: Era un acto de Dios.

Versículo 14. Dios declaró que él pondría Su **Espíritu** dentro del pueblo. El poder humano no podía dar vida a la nación muerta. Por el poder del Espíritu, ellos serían librados de sus sepulturas de cautiverio, se les restituiría el favor divino, y se les haría volver a su amada tierra. Estos eventos les enseñarían la sumamente importante lección en el sentido de que Dios es Jehová.

Ahora el plan estaba completo. En primer lugar, debía haber *restauración física*, la cual Dios procuró cuando resucitó a la nación muerta. En segundo lugar, se necesitaba *restauración espiritual*, con el pueblo vivo espiritualmente, al obedecer las estipulaciones del pacto de ellos con Yahvé (vea 36.27).

LOS DOS PALOS: LOS DOS REINOS SE REÚNEN BAJO UNA SOLA CABEZA (37.15–28)

[Lea 37.15–21.]

Versículos 15–16. Del mismo modo que en 4.1 y 5.1, Dios hizo que Ezequiel preparara un medio visual para enseñar la siguiente lección. Al profeta

⁶ John B. Taylor, *Ezekiel: An Introduction and Commentary* (Ezequiel: Introducción y comentario), Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1969), 238.

se le mandó que tomara dos palos y escribiera en ellos (vers.º 16). En el primero, había de escribir: **Para Judá**. Este representaba el reino sureño, compuesto por dos tribus (Judá y Benjamín). En el segundo palo, había de escribir: **Para José**, dando a entender el reino norteño, que incluía diez tribus. A este reino se le llamaba a veces «José» o **Efraín**, porque su primer rey, Jeroboam (vea 1º Reyes 11.31), provenía de esta tribu. A veces se le llama Samaria, porque esa era la ciudad capital del reino norteño. (Ahola representaba a «Samaria» en 23.4.)

El escribir en palos o varas, ocurrió en otras dos ocasiones. Moisés lo hizo en Números 17.2–7, para determinar a quién había elegido Dios como Su sumo sacerdote. Zacarías también escribió en dos palos, al inscribir Gracia en uno, y Atadura en el otro (Zacarías 11.7–14).

Versículos 17–20. Luego Dios mandó a Ezequiel que [uniera los palos en] **uno solo** (vers.º 17). Tal espectáculo sería una curiosidad para los que estaban viendo, y ellos preguntaría por su significado (vers.º 18). Ezequiel debía cerciorarse de que vieran lo escrito en los dos palos, pues esto era esencial para entender el significado de la lección. Declaró que Dios los haría **un solo palo** (vers.º 19), y luego lo sostuvo **delante de sus ojos** (vers.º 20). Todo lo que ellos vieron fue un largo palo. (Lo más probable es que Ezequiel los mantuviera juntos, extremo con extremo, con su puño por la mitad, de modo que parecía estar sosteniendo un solo largo palo. No hay razón para interponer un milagro aquí.)

Versículo 21. Dios explicó el significado de los dos palos. Él se proponía juntar a su pueblo esparcido en **su tierra**. La esperanza para la reunificación política de las dos naciones, fue proclamada por algunos otros profetas (Isaías 11.16; Jeremías 3.18; Oseas 1.11), sin embargo, ninguno lo hizo tan dramáticamente como Ezequiel. Tal reunificación parecía imposible, pues la tribu norteña de Israel había perdido su identidad como nación después de ser derrotada y dispersada por el rey asirio Tiglat-pileser III (722[1] a. C.; vea 2º Reyes 15.29; 16.9).

La idea de que Israel fuera reunificada con Judá ha dado lugar a considerable cantidad de debate. Una aplicación literal de los versículos 15 al 21, parece obligatoria, pues tal era el único propósito de la ilustración de los palos. La aplicación podría explicarse de cualquiera de las siguientes maneras:

1) Cuando el imperio medo-persa conquistó a Babilonia (que había conquistado a Asiria unos ocho años atrás), el rey decretó que todos los

extranjeros debían regresar a sus tierras (Esdras 1.1–4). Si bien los libros de Esdras y de Nehemías se centran primordialmente en los exiliados que estaban en Babilonia, muchos israelitas del reino norteño pudieron haber mantenido su identidad durante los 180 años de exilio.

2) Numerosos israelitas habían salido del reino norteño y se habían unido al reino sureño. Gente de las tribus de Efraín, de Manasés, de Zabulón, de Aser y de Isacar, tribus del reino norteño, «se humillaron, y vinieron a Jerusalén» (2º Crónicas 30.11; vea vers.ºs 10, 18). El pueblo ofreció «doce becerros por todo Israel», porque cada tribu estaba representada en el sacrificio (Esdras 8.35; vea 6.17).

3) Esta reunificación se cumple alegóricamente en la iglesia, el nuevo Israel, donde todos los pueblos se unen bajo la cruz de Cristo (Gálatas 6.16; Efesios 2.13–16).

4) La profecía se mantiene sin cumplirse, aguardando su cumplimiento en una fecha futura.

5) Es una profecía que falló. Jamás llegará a ser verdadera.

Si bien la primera y la segunda interpretaciones tienen mérito, deben desecharse atendiendo a lo que sigue. El reino unido había de tener a «[Su] siervo David» como rey (vers.º 24). Esta es terminología mesiánica (vea el comentario sobre 34.23–24), y no se aplica a ningún líder que viniera en el futuro cercano (por ejemplo, Zorobabel, Esdras o Nehemías). La cuarta también debe desecharse, por dos razones: En primer lugar, pasa por alto la obra de Cristo durante su ministerio terrenal. El Antiguo Testamento había de llevarnos a Cristo, no había de mirar hacia un futuro de eventos no contemplados, que se saltara Su ministerio terrenal. En segundo lugar, ningún autor neotestamentario repitió ni renovó la promesa de una reunificación literal de Israel y Judá.

La número cinco debe sin duda desecharse, al considerar la inspiración e infalibilidad de las Escrituras. Por lo tanto, la tercera interpretación es la más lógica y la que más satisface el contexto. Como Pablo declaró en Romanos 2.28–29 y 9.26, todos los que han obedecido el evangelio de Cristo constituyen a «Israel». La cruz unió a todos los hombres bajo el señorío de Cristo (2.12–16). Estas verdades corresponden con las promesas hechas en Ezequiel 37. Albert Barnes dijo:

La restitución de Israel a su suelo nativo encabezará el camino hacia la venida del Rey prometido, el Hijo de David, que reunirá en Su reino al verdadero Israel, a todos los que por fe sean reconocidos como el Israel de Dios. El

reinado del Único Rey David, es el reinado de Cristo en Su reino, esto es, la iglesia.⁷

[Lea 37.22–23.]

Los hijos de Israel serían recogidos de todas las naciones donde habían sido dispersados. Una vez reunidos, ellos volverían a poblar la tierra como una sola nación (vers.º 22a), teniendo un solo rey y un solo reino (vers.º 22b). Ellos ya no adorarían ídolos (vers.º 23a), sino que serían un pueblo santo (vers.º 23b) y obediente (vers.º 24).

Versículo 22. Dios reveló el significado de los dos palos: Israel y Judá serían juntadas como **una** [sola] **nación**. Uno de los días más trágicos de la historia de Israel fue cuando la nación se dividió bajo dos reyes, con diez tribus siguiendo a Jeroboam y dos tribus siguiendo a Roboam el hijo de Salomón (1º Reyes 12). Los mejores días fueron cuando tenían «un rey» sobre ellos, que era David, el hijo de Isaí. Dios prometió renovar la gloria de ese tiempo por medio de reunificarlos.

Versículo 23. Eran los **ídolos** los que habían producido la caída de ambas naciones (Israel en 2º Reyes 17; Judá en Ezequiel 16). Los días en que ellos se contaminaban con estos ídolos, habían de llegar a su fin, junto con otras **rebeliones**. Cuando los exiliados volvieron a Israel, ellos ya no tuvieron más el problema de la idolatría, y así fue incluso hasta la llegada de Jesús. Dios expresó nuevamente Su propósito: «... **y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios**». Variaciones de esta expresión ocurren por lo menos diecisiete veces en las Escrituras.⁸ La ocurrencia en Jeremías 31.31–34, en la profecía del nuevo pacto, provee otra razón para ver el cumplimiento final de estas palabras en el evangelio de Cristo (vea Hebreos 8; 10).

[Lea 37.24–28.]

Versículo 24. Dios declaró, diciendo: «**Mi siervo David será rey sobre ellos**». Este es un título mesiánico (vea el comentario sobre 34.23–24) y es de este modo que debe entenderse aquí. Además, se usan otros dos títulos que pertenecen a Cristo: «rey» y **pastor**. Esto significa que el dirigente del pueblo de Dios sería tanto rey político como pastor religioso. Este los uniría bajo ambas

⁷ Albert Barnes, *The Bible Commentary: Proverbs to Ezekiel* (El comentario bíblico: Proverbios a Ezequiel), Barnes' Notes, ed. F. C. Cook, abr. y ed. J. M. Fuller (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1983), 390.

⁸ Vea Génesis 17.8; Éxodo 29.45; Levítico 26.44–45; Jeremías 24.7; 31.33; 32.38; Ezequiel 11.20; 14.11; 34.24; 37.23, 27; Zacarías 8.8; 10.6; 2ª Corintios 6.16; Hebreos 8.10; Apocalipsis 21.3.

funciones. (Note los conceptos de sacerdote y rey en Zacarías 6.12–13.) El liderazgo de este rey había de ser tal, que el pueblo [andaría] **en** [Sus] **preceptos**, y [Sus] **estatutos** [guardaría] (vea el comentario de 5.6).

Versículo 25. Además, dijo Dios: «**Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob**». Aquí solo se menciona la promesa de tierra dada a Jacob. S. Fisch escribió:

Aunque a Abraham y a Isaac también se les prometió tierra, aquí solo se menciona a Jacob porque este fue el antepasado de Israel solamente, mientras que los otros dos patriarcas lo fueron también de Ismael y de Esaú respectivamente, quienes no estaban incluidos en la promesa.⁹

Esta promesa se cumplió cuando los exiliados volvieron a la tierra; pero era una promesa condicional, que dependía de la constante fidelidad de ellos (vea Deuteronomio 4.25–26). La tierra heredada en la cual los justos han de morar con Jesús como Rey, es la «tierra nueva» (2ª Pedro 3.13; Apocalipsis 21.1). A Jesús no le interesaba que Su pueblo poseyera tierra en el sentido literal, pues Su reino no era «de este mundo» (Juan 18.36). Él ha preparado un lugar en la casa de Su Padre para los fieles (Juan 14.1–2), esto es, un lugar que no está ubicado sobre esta tierra (pues la tierra será destruida algún día; 2ª Pedro 3.10–12).

Versículo 26. El **pacto de paz** (vea 16.62; 20.37; 34.25) se menciona nuevamente. Este pacto había de ser gobernado por el «príncipe de paz» (Isaías 9.6) en un reino de paz (Filipenses 4.7). Esta paz no se refiere a ausencia de conflicto externo (Juan 14.27), sino a paz que proviene de una buena relación con Dios. Este pacto también será **perpetuo**. Los que vivan bajo el estandarte del rey davídico disfrutarán para siempre de paz. La frase **pondré mi santuario entre ellos para siempre**, se refiere no solo a protección, sino también a selección divina.

Versículo 27. Dios dijo: «**Estará en medio de ellos mi tabernáculo**». Jesús fue verdaderamente Emmanuel, esto es «Dios con nosotros» (vea Juan 1.14). Una vez más, Dios expresó Su propósito por medio de Ezequiel: «... **y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo**» (vea 1ª Corintios 3.16–17; 2ª Corintios 6.16; Hebreos 8.10).

⁹ S. Fisch, *Ezekiel: Hebrew Text and English Translation with an Introduction and Commentary* (Ezequiel: Texto hebreo y traducción al inglés con introducción y comentario), Soncino Books of the Bible (London: Soncino Press, 1950), 251–52.

Versículo 28. El cumplimiento de estos eventos probaría a las naciones que el Señor había santificado a Israel. Solo Dios podía purificar de maldad a Su pueblo (vea 36.25), al apartarlos de las demás naciones. Su **santuario** se encontraría en medio del pueblo **para siempre**. El reino establecido por Dios sería eterno. Esta descripción calza con el reino de Cristo, esto es, la iglesia (Daniel 2.44; 7.13–14; Mateo 16.16–18; Hebreos 1.8).

Todo esto podía ocurrir solamente cuando la nación volviera a ser una sola nuevamente. Este cumplimiento final es la iglesia, en la cual todo el pueblo de Dios es juntado bajo el reinado de Cristo. Algunos elementos de este reino son sustentados en el Nuevo Testamento. Dios dijo:

1. «... pondré mi santuario entre ellos para siempre» (vers.º 26; vea 1ª Corintios 3.16–17).
2. «Estará en medio de ellos mi tabernáculo» (vers.º 27; vea Juan 1.14).
3. «... y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo» (vers.º 27; vea 2ª Corintios 6.16).
4. «... estando mi santuario en medio de ellos para siempre» (vers.º 28; vea Mateo 28.20; 1ª Tesalonicenses 4.17).

Fueron cinco veces que Ezequiel usó en hebreo la palabra *'olam* (עולם), que significa «para siempre» (vers.º 25, dos veces; vers.º 26, dos veces; vers.º 28, una vez). Estos eventos no eran temporales. La seguridad que se prometió no había de ser de corta duración. El reino que se profetizó no tendría fin jamás. La palabra *'olam* es la misma que se usó para describir la Pascua (Éxodo 12.14), el incienso (Éxodo 30.8), el día de reposo (Éxodo 31.16), los holocaustos (Éxodo 29.42), el sacerdocio aarónico (Éxodo 40.15), y la tierra misma (Eclesiastés 1.4). La Biblia enseña acerca del fin de cada uno de los anteriores. (Ya se ha producido el fin de algunos de estos, si bien el fin de la tierra todavía está en el futuro; vea 2ª Pedro 3.10–12.) La palabra se refiere a algo que dura por siglos, o que parece continuo a la *humanidad*. Dios, y solamente Dios, es el que puede hacer que estas cosas cesen. Solo Dios pudo poner fin a la ofrenda de incienso o de sacrificios de animales, y solo Dios podrá decretar el fin de esta tierra actual. Del mismo modo, Él pudo poner fin a la morada de Israel «para siempre» en la tierra.

No es lógico ni bíblico afirmar que las promesas de Ezequiel 37.26–28 fueron hechas solamente al Israel físico. ¿Volvió Israel a tener posesión de la

tierra tal como se prometió aquí? No la volvió a tener, ni la volverá a tener jamás, porque la promesa de tierra dependía de la obediencia de ellos. Dios dejó en claro esto cuando los israelitas fueron introducidos en la tierra por primera vez (Deuteronomio 4.25–27) y se les recordó de la condición cuando volvieron del cautiverio en Babilonia (Jeremías 18.5–12; Hageo 1.3–11). El libro de Ezequiel explica que Dios trajo al pueblo de nuevo a la tierra, con el fin de proteger Su nombre, no porque Israel fuera justa (Ezequiel 36.22).

Las promesas de Dios están condicionadas. Si Israel volvía a sus caminos de infidelidad, ¿dejaría Dios que el pueblo siguiera en la tierra a pesar de ello? ¡Por supuesto que no! (Vea Jeremías 18.5–12.) Antes de la venida de Cristo, a los israelitas se les dieron 1.400 años en los cuales podían haber demostrado su fidelidad. Fallaron una y otra vez. Luego, cuando por fin apareció el Mesías que tanto anhelaron, lo crucificaron. Pablo especificó que el único pueblo que es especial para Dios, lo constituyen aquellos que se han conformado a la imagen de Su Hijo (Romanos 8.29–30) y han obedecido el evangelio (Romanos 11; vea 2ª Tesalonicenses 1.7–9; 1ª Pedro 4.17–18). Los que son obedientes al evangelio constituyen el «linaje escogido» (1ª Pedro 2.9–10).

APLICACIÓN

La paciencia, el castigo, y el poder redentor de Dios

La desobediencia es castigada. Debido a su constante iniquidad, Dios puso fin a Israel. Él no tolera el pecado para siempre.

Dios tiene mucha paciencia. El hecho de que esperó tanto tiempo para llevar juicio, es prueba de Su naturaleza paciente (vea Romanos 2.3–4; 2ª Pedro 3.9).

Quien parezca espiritualmente muerto, puede ser levantado por Dios (vea Juan 5.24–27).

Los predicadores (y todos los cristianos) deben aprender una lección de Ezequiel. Cuando la situación parecía desesperanzadora, Ezequiel dejó que Dios hiciera Su obra antes de hacer juicio. Muchas personas en el mundo de hoy parecen fuera del alcance del evangelio, completamente perdidas en el pecado, pero no debemos subestimar el poder de la Palabra de Dios. ¡Dios puede hacer que vivan!

La Palabra de Dios tiene formidable poder, incluso cuando es predicada por «vasos de barro» (vea Romanos 1.16; 1ª Corintios 1.18).

Denny Petrillo